

Cuando todo está perdido,
siempre queda el amor

NUESTRO ES EL CIELO

LUKE
ALLNUTT

HarperCollins
Narrativa

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Nuestro es el cielo
Título original: We Own the Sky
© 2018 by Luke Allnutt
© 2017, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.
© De la traducción del inglés, Victoria Horrillo Ledesma

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: Calderónstudio

Imágenes de cubierta: Shutterstock

I.S.B.N.: 978-84-9139-220-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Primera parte](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Segunda parte](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Tercera parte](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)
[Epílogo](#)
[Agradecimientos](#)

Para Markéta, Tommy y Danny

PRIMERA PARTE

1

Leyó con ahínco antes de marcharse. En su sillón favorito, el de respaldo duro; y en la cama, apoyada en un montículo de almohadas. Los libros rebosaban de la mesilla de noche y se amontonaban por el suelo. Prefería las novelas de detectives extranjeras, en las que se zambullía con los labios pudorosamente fruncidos y el semblante rígido e inmóvil.

A veces me despertaba de madrugada y veía la lámpara todavía encendida y la nítida silueta de Anna sentada con la espalda bien recta, como le enseñaron que había que sentarse. Fingía que no se daba cuenta de que me había despertado incluso cuando me giraba hacia ella. Seguía con la mirada fija en el libro, pasando páginas como si estuviera hincando los codos para un examen.

Al principio fueron autores escandinavos, los sospechosos habituales: Henning Mankell, Stieg Larsson. Luego fue más allá: pasó a la novela negra alemana de los años cuarenta y a una serie tailandesa ambientada en Phuket en la década de 1960. Las portadas me resultaban familiares al principio: la grafía y los diseños característicos de las grandes editoriales. Pero al poco tiempo fueron haciéndose más esotéricas, con grafismos de aire extranjero y encuadernaciones variopintas.

Y luego, un día, se marchó. No sé dónde estarán ahora esos libros. Los he buscado desde entonces, por si alguno se había quedado en mis estanterías, pero no he encontrado ninguno. Imagino que se los llevó todos, guardados en una de sus bolsas de basura clasificadas por colores.

Los días que siguieron a su marcha son una neblina. Un recuerdo anestésico. Cortinas corridas y vodka a palo seco. Un silencio inquietante, como cuando los pájaros enmudecen antes de un eclipse. Me recuerdo sentado en el cuarto de estar con la vista fija en un vaso, preguntándome si los dedos de vodka se medían en vertical o en horizontal.

Había una corriente que soplaba por toda la casa. Debajo de las puertas, por las rendijas de las paredes. Creo que sabía de dónde venía. Pero no podía ir allí. No podía subir al piso de arriba. Porque aquella ya no era nuestra casa. Aquellas habitaciones habían dejado de existir, como si unos adultos cargados de secretos las hubieran declarado territorio prohibido. Así que me quedaba abajo, en aquella casa vieja y muerta, y la corriente me helaba el cogote. Ellos se habían ido y el silencio se desangraba colmándolo todo.

Sí, estoy seguro de que le encantaría verme ahora mismo, arrebuado en este oscuro rincón de un *pub* de mala muerte: solos yo, una tele parpadeante y un tipo que finge ser sordo para vender llaveros de Disney que brillan en la oscuridad. La puerta del *pub* tiene un agujero, como si alguien hubiera intentado echarla abajo de una patada, y a través del plástico tembloroso que lo cubre alcanzo a ver a unos chavales que pasan el rato en el aparcamiento, fumando y haciendo piruetas con una vieja BMX.

«Te lo dije». Ella no lo diría en voz alta (tenía demasiada clase para eso), pero lo llevaría pintado en la cara: la curvatura casi imperceptible de una ceja, el asomo de una sonrisa.

Siempre le parecí un poco tosco, como si no pudiera sacudirme de encima mis orígenes obreros. Me acuerdo de cuando le conté que mi padre solía pasar los sábados por la tarde en el salón de apuestas. Ese regocijo cortés, esa sonrisilla condescendiente. Porque en su familia nadie iba nunca al *pub*. «¿Ni siquiera en Navidad?», le pregunté una

vez. No, contestó. Podían tomarse una copita de jerez después de las comidas, pero eso era todo, nada más. Preferían salir a la calle a pedir para obras de caridad al son de una campanilla.

Ya es de noche y sin embargo no recuerdo que haya salido el sol. Fuera ruge el motor de un coche y unos faros barren el *pub* como el reflector de una cárcel. Vuelvo a la barra y pido otra pinta. Varias cabezas se vuelven hacia mí, pero yo no miro a nadie, evito las miradas, los gestos inescrutables.

Sentado en un taburete, de cara a la puerta, hay un pescador corpulento. Está contando un chiste racista sobre una mujer que se enrolla con un tipo y se depila el pubis, y me acuerdo de que oí contar ese mismo chiste una vez después del colegio, en un callejón del este de Londres en el que la gente tiraba revistas porno y latas de Coca Cola vacías. Los parroquianos le ríen la gracia, pero la camarera se queda callada y se aleja. En la pared, detrás de ella, hay varios carteles de chicas medio desnudas y recortes de prensa enmarcados, del día posterior al 11 de Septiembre.

—Cuatro libras diez, cielo —dice la camarera al ponerme delante la cerveza.

Me tiemblan las manos y no acierto a sacar el dinero de la cartera. Las monedas se desparraman sobre la barra.

—Perdona —digo—. Tengo las manos frías.

—Sí, ya —contesta—, fuera hace un frío que pela. Espera, ya lo hago yo.

Recoge el dinero y luego, como si fuera un jubilado achacoso, me lo pone en la palma de la mano contando moneda por moneda.

—Ya está —dice—. Cuatro libras diez.

—Gracias —respondo un poco avergonzado, y ella sonríe.

Tiene una cara amable, de las que escasean en sitios como este.

Cuando se inclina para vaciar el lavavajillas, doy un largo trago a mi petaca de vodka. Es más sencillo que pedir un

chupito con cada pinta. Si no, se dan cuenta de que eres un borracho y no te quitan la vista de encima.

Vuelvo a mi mesa y me fijo en una chica sentada en el otro extremo de la barra. Antes estaba sentada con uno de los hombres, un amigo del pescador, pero el tipo se ha marchado, se largó haciendo rechinar los neumáticos de un coche tuneado. La chica parece haberse arreglado para salir: minifalda, camiseta corta de lentejuelas y las pestañas muy tiesas y negras.

Observo a la camarera para asegurarme de que no está mirando, le doy otro tiento al vodka y noto ese ronroneo familiar, esa felicidad triste y mezquina. Miro a la mujer sentada a la barra. Está bebiendo chupitos; grita a la camarera, que parece amiga suya. Al reírse casi se cae del taburete y recupera por los pelos el equilibrio y el aliento.

Le entraré dentro de un rato. Cuando me haya tomado un par de copas más.

Echo un vistazo a Facebook entornando los ojos para ver la pantalla. Mi perfil es un erial: no hay ni una foto, solo una silueta de hombre, y nunca le doy a «me gusta» ni hago comentarios, ni felicito a nadie por su cumpleaños, pero aun así entro todos los días: paso las páginas, juzgo, paso las páginas, juzgo, opacos ventanucos a las vidas de personas que ya no conozco, con sus amaneceres y sus puestas de sol, sus viajes en bicicleta por las Tierras Altas, su inagotable desfile de *pad thai* y tostadas con aguacate en Instagram, la incomprensible ufanía de sus cenas con *sushi*.

Respiro hondo y tomo un trago de cerveza y otro de vodka. Me dan lástima. Todos esos fantoches abonados a la tragedia, con sus banderas tricolores y sus banderas arcoíris, cambiando su foto de perfil según la causa con la que toque comulgar cada día: la de los refugiados o la de las víctimas del último atentado terrorista en algún lugar dejado de la mano de Dios. Sus *hashtags* y sus sentidos comentarios acerca de la necesidad de «dar» porque una vez ayu-

daron a construir una escuela en África en su año sabático o besaron, con su boca de dientes blancos como perlas, la mano atezada de un mendigo.

Cambio de postura para poder ver a la chica de la barra. Ha pedido otra copa y se está riendo, casi cacarea mientras mira un vídeo en su móvil; señala la pantalla intentando llamar la atención de la camarera.

Vuelvo a mi teléfono. A veces me obligo a mirar las fotos de los hijos de otras personas. Es —imagino— como la necesidad de rascarse una costra recién formada, de no cejar hasta que brota el rubor metálico de la sangre. El puñetazo en el estómago que siento al ver a los recién nacidos; niños mellados que empiezan el colegio con sus mochilas y esas chaquetas que siempre les quedan grandes; y luego las vacaciones en la playa, con sus castillos de arena y sus fosos, y sus helados vertidos accidentalmente en la arena. Zapatos grandes y zapatos pequeños alineados sobre el felpudo.

Y luego están las madres. ¡Ah, esas madres de Facebook! ¡Cómo hablan!, como si ellas en persona hubieran inventado la maternidad, como si fueran las creadoras del útero, tratando de convencerse a sí mismas de que son distintas de sus madres porque comen quinoa y llevan trencitas en el pelo y tienen un tablero en Pinterest con propuestas de manualidades para niños recalcitrantes de menos de cinco años.

Regreso a la barra y me acerco a la chica borracha. Bien empapado en alcohol, me siento mejor y ya no me tiemblan las manos. Sonríe y ella me mira de arriba abajo, tambaleándose en su taburete.

—¿Te apetece una copa? —pregunto jovialmente, como si ya nos conociéramos.

En sus ojos empañados aparece un destello de sorpresa. Hace un esfuerzo por ponerse derecha, por no seguir medio recostada en la barra.

—Ron con Coca Cola —dice volviendo a balancearse y, mirando para otro lado, se pone a tamborilear sobre la barra.

Mientras pido las bebidas, finge que hace algo con el teléfono, pero desde donde estoy alcanzo a ver la pantalla y solo está pasando al azar aplicaciones y mensajes.

—Me llamo Rob, por cierto —digo.

—Charlie —contesta—. Pero todo el mundo me llama Charls.

—¿Eres de aquí?

—Nacida y criada en Camborne —responde girándose para mirarme—. Pero ahora vivo aquí, en casa de mi hermana.

Sus ojos son como lenguas de lagarto: se proyectan hacia mí cuando cree que no estoy mirando.

—Seguro que nunca has oído hablar de Camborne, ¿a que no?

—Hay minería, ¿no?

—Sí. Aunque ya no. Mi padre trabajó en South Crofty hasta que cerraron la mina —cuenta, y entonces noto que tiene acento de Cornualles: esa inflexión que tiende a difuminarse, esas erres sutiles y ensortijadas.

—¿Y tú?

—De Londres.

—Londres. Qué bonito.

—¿Lo conoces?

—He estado una o dos veces —responde, y mira otra vez hacia el otro extremo de la barra antes de dar una profunda calada a su cigarrillo.

Es más joven de lo que pensaba: unos veinticinco años, con el pelo castaño rojizo y rasgos suaves, como de niña. Tiene un punto de voluble, un algo impreciso que no logro identificar pero que va más allá de la bebida y de las ojeras que ciñen sus ojos. Parece fuera de lugar en el Smugglers, como si se hubiera escapado de un banquete de bodas y hubiera venido a parar aquí.

—Entonces, ¿estás aquí de vacaciones?

—Algo así.

—¿Y te gusta Tintagel? —pregunta.

—He llegado hoy mismo. Mañana iré al castillo. Me alojo en el hotel de aquí al lado.

—Entonces, ¿es la primera vez que vienes?

—Sí.

Es mentira, pero no puedo hablarle de aquella vez que estuvimos aquí los tres al final de un húmedo verano inglés, abrigados contra el viento, con los chubasqueros puestos encima de los pantalones cortos. Recuerdo cómo brincaba Jack por el césped de al lado del aparcamiento y el miedo que tenía Anna de que se acercara demasiado al bordillo («La mano, Jack, dame la mano»). Recuerdo que subimos por el camino empinado y retorcido que llevaba a lo alto del acantilado y que luego, de repente, el tiempo nos concedió una tregua y, casi como en una escena bíblica, cesó la lluvia, se abrieron las nubes y apareció el arcoíris.

«¡Arcoíris, arcoíris!» gritaba Jack brincando a la pata coja, primero con una pierna y luego con la otra. Las hojas bailoteaban a su alrededor como duendes de fuego. Entonces fue como si alguien le tocara o le susurrara al oído: se quedó muy quieto y contempló a través de la columna de luz que hendía las nubes cómo se difuminaba el arcoíris en el cielo azul.

—¿Estás bien?

—¿Qué? Sí, estoy bien —contesto, y doy un sorbo a mi pinta.

—Parecías distraído.

—Perdona.

No dice nada. Se bebe la mitad de su ron con Coca Cola y agita el hielo del vaso.

—No está mal, Tintagel —dice—. Yo trabajo en el pueblo, en una tienda de *souvenirs*. Mi amiga trabaja aquí. — Señala a la camarera de rostro simpático.

—Es un *pub* agradable.

—Está bien. Aunque es mejor en fin de semana, y los martes hay karaoke.

—¿Tú cantas?

Suelta un bufido suave.

—Canté una vez, y nunca más.

—Es una lástima, me gustaría verte cantar —digo con una sonrisa y le sostengo la mirada.

Se ríe y me devuelve la sonrisa antes de apartar la mirada con timidez.

—¿Quieres otra? —pregunto—. Yo voy a pedir otra.

—Entonces, ¿no vas a seguir bebiendo de ahí? —Estira el brazo y me palmea el bolsillo de la chaqueta buscando mi petaca.

Me fastidia que me haya visto y, mientras pienso qué contestar, me toca el brazo blandamente.

—Hombre, no lo haces con mucha discreción. —Echa un vistazo a su reloj y, al darse cuenta de que no lo lleva puesto, mira la hora en el móvil—. Bueno, vale —dice, y se ríe mientras lucha por bajarse del taburete con su falda estrecha.

La miro ir hacia los aseos —un viaje que anuncia con aire pudibundo— y veo el perfil de sus bragas marcado en la falda y la huella del taburete en sus muslos.

Cuando vuelve huele a perfume y se ha retocado el maquillaje y recogido el pelo. Pedimos unas copas y nos ponemos a hablar y a trasegar alcohol. Nos turnamos para beber a morro de la petaca y luego empieza a enseñarme vídeos de perros en YouTube, porque su familia se dedica a la cría de ridgebacks, y vídeos de cámaras de seguridad callejeras, de peleas, de gente a la que dejan KO en plena vía pública, porque un colega suyo de Camborne —dice— hacía *kick boxing*, aunque ahora está en la cárcel por agresión.

Cuando levanto la vista, todo a mi alrededor es un borrón indistinto, un cedé rayado; las luces están encendidas y oigo el áspero gemido de un aspirador. Me pregunto si me he quedado dormido o me he desmayado, pero Charlie sigue a mi lado y veo que estamos bebiendo vodka con Red Bull. La miro y me sonrío con ojos húmedos de borracha y se echa a reír otra vez y señala a su amiga la camarera, que está pasando la aspiradora a la moqueta con el ceño fruncido.

Y entonces, tras una breve farsa en la que afirma que debería irse a casa, salimos del *pub* y echamos a andar cogidos del brazo por la calle mayor desierta, riéndonos por lo bajo y chistándonos el uno al otro. Subimos a trompicones la escalera del pisito que tiene encima de la tienda de *souvenirs* donde trabaja. Al llegar arriba me mira formando con la boca un corazón y siento un arrebató de deseo alcohólico, la atraigo hacia mí y empezamos a besarnos mientras le meto la mano bajo la falda.

Al acabar, nos quedamos tumbados en su colchoncito individual, en el suelo, sin mirarnos a los ojos, la cabeza hundida en el cuello del otro. Después de abrazarnos durante un intervalo de tiempo que considero razonable, recorro el pasillo en busca del cuarto de baño. Busco a tientas el interruptor de la luz y descubro que no es el del baño, sino el de la habitación de un niño. La habitación de Charlie está casi vacía, sin amueblar; esta, en cambio, parece el escaparate de una tienda de muebles. Una lámpara en forma de avión que se refleja en la gigantesca pegatina decorativa de la pared. Cajas llenas de juguetes apiladas con esmero. Una mesa con lápices de colores y papeles amontonados. Y, clavados en un tablón de corcho, varios diplomas: uno de fútbol, otro de yudo y otro por ser la superestrella del cole.

Al lado de la cama hay una lamparita nocturna y no puedo evitar encenderla. Veo cómo proyecta en el techo sus lunas y estrellas de color azul pálido. Me acerco a la ventana, aspiro el leve olor a suavizante para ropa y a champú infantil. En el rincón hay una linternita amarilla como la que tenía Jack. La cojo, palpo el plástico duro, la goma resistente, los botones grandes, hechos para los dedos torpes de un niño.

—Hola —dice Charlie, y doy un respingo, sobresaltado. Su tono es casi interrogativo, aunque no del todo.